



Gertrud von Le Fort

La corona de los Ángeles

EE
ENCUENTRO

Creación Literaria
38

Gertrud von Le Fort
La corona de los ángeles

Título original
Der Kranz der Engel
© 1946
Gertrud von Le Fort

© 1998
Ediciones Encuentro, Madrid

Traducción del alemán por
María Rosa Font Playá

Revisión
Carlos García Rubio

Colección dirigida por Guadalupe Arbona Abascal

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro
Ramírez de Arellano, 17-10^a - 28043 Madrid - Tel. 91 532 26 07
www.ediciones-encuentro.es

Estábamos de pie sobre el viejo puente, uno junto al otro. Bajo los antiguos arcos, la corriente todavía libre del río se precipitaba rugiendo hacia la llanura del Rin, como si quisiera cerciorarse por última vez de su libertad antes de que la mano del hombre la sometiera. Enzo decía que estaba condenada a cadena perpetua. A la izquierda se alzaban las montañas cubiertas de bosque y las tristes ruinas del castillo; el color rojo de sus torres y tejados semiderruidos evocaba la luz del crepúsculo, que era de un púrpura incandescente, como una exposición de pedrería. Allá en lo alto la naturaleza parecía querer repetir la historia de una manera mística, como si el castillo volviera a arder sobre el valle. Esto también lo decía Enzo. El mismo valle, con los ingenuos tejados de la vieja ciudad, estaba envuelto por un vaporoso y tierno halo azulado, que en la orilla derecha del río se mezclaba con los copos blancos de innumerables árboles en flor, que parecían pacíficos corderillos apacentando. Sin embargo, hacia occidente, donde las montañas heroicas se erguían a ambos lados del río formando un portal ante la planicie, la dulzura de este sueño, de este halo, se transformaba en agitación. La expresión «heroicas» procedía también de Enzo.

Empezaba a familiarizarme con los simbolismos que utilizaba al comentar el cuadro encantador que ofrecía

la ciudad. Yo no creía en castillos en llamas, en corrientes encadenadas ni en montañas heroicas. Solamente comprendía la sencilla pero emocionante realidad de que era la primera vez en mi vida, desde que tenía uso de razón, que veía una ciudad alemana, la patria de mis difuntos padres, mi propia ciudad natal, de la que me sacaron cuando era muy pequeña para llevarme a Italia. Mi corazón voló hacia el paisaje abierto a mí, como en una poesía de Hölderlin:

«... hace tiempo que te quiero».

—Enzio —dije emocionada—, ¡qué bonita es Alemania, qué encantadora!

—Sí... —contestó titubeando—, Alemania es bonita y también me parece encantadora, pero por encima de todo es peligrosa. Este paisaje tiene dos caras, está clamando por una decisión. ¿Te das cuenta de que las ruinas de allá arriba miran fijamente hacia la llanura, a pesar de todas las dulzuras del valle? ¿Y sabes qué es lo que hay allá en la lejanía?

Maquinalmente pensé en nuestro pasado. No acababa de situarme.

—Por allá, muy lejos, debe de estar Roma, ¿no?

—Qué tontería; allí está Speyer, la ciudad del emperador —contestó secamente—; y también está Worms, el antiguo castillo de los Nibelungos. Esta llanura es la antesala del destino del antiguo poderío alemán. —Luego, súbitamente, asiendo mi mano casi con violencia, añadió: —Roma ha pasado ya, Espejito; ahora sólo cuenta Alemania, óyelo bien.

El antiguo nombre de mi niñez en sus labios y la presión de su mano rompieron por fin con la tensión producida por los años que mediaban entre aquella dolorosa despedida y la actualidad. Porque para ser sincera debo confesar que, hasta aquel momento, nuestro encuentro tenía un carácter poco convincente. Me había saludado con rigidez, casi como a una desconocida, y no me llamó Espejito sino Verónica. Además no había pronunciado una sola palabra amable. Claro que yo

tampoco había dicho gran cosa, aunque esto se debía a lo mucho que me emocionaba el volver a verle; Enzo, la única persona de mi niñez, aparte de la fiel pero lejana Jeanette, que podía considerar como algo mío. Pensé en el infinito amor que mi querida abuela había dado a Enzo, en la trágica relación de su vida con la de él y pensé también en su muerte. Recordé las lágrimas que me había costado separarme de él, los años de silencio absoluto que siguieron a la separación y el débil e inconcebible lazo que siguió uniéndonos a pesar de aquel silencio. Y, sobre todo, recordé los sucesos de aquella noche, durante la guerra, cuando al despertarme asustada de mi profundo sueño creí oír su voz llamándome, como si se hallara en peligro de muerte. Fue como si hubiera visto su rostro desde lejos, en algún lugar del campo de batalla; igual que aquella otra noche en el Coliseo, cuando creí que tenía que llevar mi alma en la mano, como si fuese una lucecita, para que pudiese iluminar la suya sumida en su ilimitado y metafísico abandono. Aquella noche, durante la guerra, me levanté y recé devotamente largo rato por la vida de aquel amigo, como si Dios me hubiese regalado aquella vida. Desde entonces nunca dejé de rezar por él. ¿Tenía que agradecer nuestro actual reencuentro a aquellas oraciones? Durante todo el viaje estuve convencida de ello, pero cuando me hallé junto a Enzo sentí la extraordinaria singularidad de su mundo interior con tanta realidad que casi era una sensación física; su mundo lleno de un realismo auténtico parecía hacerme frente. Su mundo no se había dejado traslucir en sus cartas. Desde el último año de la guerra volvíamos a relacionarnos por correspondencia. Repentinamente me escribió un día desde el hospital. Tan sólo fue una postal breve y algo indiferente que no dejaba adivinar ni de lejos la gravedad de sus heridas. Desde aquel día, aquellas breves misivas cada vez se hicieron más frecuentes; no eran muy ricas en contenido, pero precisamente por su brevedad parecían reclamar una entrevista personal.

Había venido a esperarme a la estación de Heidelberg y nada más llegar a mi patria estaba ante él. Porque tengo que decir que, cuando salí de Roma hacia Alemania, ya no me sentía unida a Italia, sino a aquellos días de la guerra, de cuya cercanía no me percataba en aquella ciudad sumergida por completo en la realidad de la Iglesia o cuando vivía en la hospitalaria Suiza. En aquel momento no era tan sólo mi ciudad natal lo que pisaba por primera vez desde que tenía uso de razón, sino también el suelo de mi patria.

—Sí, ahora estamos en Alemania, Enzo —dije con calor—, y tú estás en todo y con todo unido a su triste destino—. Hasta aquel momento, él sólo había hablado de las restricciones de fluido eléctrico y de la paz tan desgraciada para nuestra patria. Durante la primera hora de nuestro reencuentro me extrañaron un poco sus comentarios, porque antes nunca me había dado cuenta de que Enzo tuviera este apasionamiento por la patria. También encontré en sus explicaciones un ligero parecido con el cuadro que me había forjado de Alemania después de una cuidadosa y larga preparación.

Ahora me miraba abiertamente.

—Te has dado cuenta en seguida —dijo—; veo que eres en todo la misma de antes. Sólo hay que llamarte por tu verdadero nombre para que en seguida vuelvas a recuperar tus antiguas funciones. Sí, Espejito, Alemania se ha convertido en mi destino. Porque mira, en el frente a cada cual le llega la hora en la que se pregunta: ¿Por qué nos han arrojado frente a los cañones, a la porquería, a las tinieblas, a la muerte? Y sólo había una respuesta: por Alemania. Sólo se podía elegir entre enloquecer y morir, ser mutilado o despedazado, o acogerse a este único ideal, y por eso me acogí a él. ¿Entiendes el proceso, Espejito? Fue terrible.

Sabía lo que quería dar a entender, porque él estaba acostumbrado a ver las cosas bajo el límpido cristal de la poesía. Los demás podían gozar de la vida tanto

como quisieran mientras le dejasen en paz; me lo había dicho más de una vez.

—Sí, Enzo, te comprendo —le dije—, y ahora voy a ayudarte a querer a Alemania con todas sus miserias y desgracias, tal como es en la realidad.

Su cara se puso pensativa.

—No, no puede ser, Espejito —dijo—. No debes amarla como es en realidad. Tienes que amar una Alemania completamente distinta de la que te hablo, porque todavía hay más: el suelo se está resquebrajando. ¿No notas cómo tiembla bajo nuestros pies?

Yo sólo notaba que el puente por el que andábamos lentamente, el hermoso puente de Hölderlin, de Gottfried Keller, se levantaba un poco por la mitad, como llevado por una vibración interior. También vi que estaba hecho de las mismas piedras que el castillo, allá arriba.

—¿Qué clase de piedra es ésta tan simpática que tenéis por aquí? —pregunté desviando la conversación—. ¿Procede de las montañas de Alemania?

Al oír lo de «piedra simpática» me miró sorprendido.

—¿De dónde has sacado esta expresión? —dijo—. «Piedra simpática». ¿Sabes que procede de un poema y que es imposible que lo conozcas?

—¿Acaso lo has escrito tú? —le pregunté.

—Sí —contestó—; hace tiempo, antes de la guerra.

—Es cierto —prosiguió cada vez más decidido—. Eres exactamente la misma de hace diez años, excepto por que has crecido: casi eres tan alta como yo. Tus trenzas creo que también han crecido, por lo que puedo ver bajo tu sombrero. Pero en lo demás no has cambiado nada, gracias a Dios.

—¿Temías que hubiese cambiado? —le pregunté.

Asintió muy serio sin hablar. ¿Sospecharía quizá la gran decisión que había tomado durante los años en que estuvimos separados? ¿Sabía que ahora era una cristiana católica? De pronto se detuvo y me miró con aquel raro oscurecimiento de sus ojos claros, tan alemanes,

que yo recordaba tan bien. Fue como si quisiera penetrar hasta lo más profundo de mi alma, hasta allí donde estaba grabado aquel cuadro que él había juzgado con tanta indignación y desgana frente al altar de mi patrona, aquel Jueves Santo en San Pedro. La sombra del momento de nuestra separación pareció levantarse; nunca había podido olvidar ni siquiera una palabra de aquella dolorosa conversación. «Contigo — empezó— hay que estar de acuerdo interiormente; si no todo es inútil. Tú lo tienes y yo no lo tengo. Yo no podría arrodillarme jamás». «Lo que es mío es también tuyo, Enzo», contesté. Esto le conmovió, pero no aceptó la posesión conjunta, quizá porque no creía en aquella clase de posibilidades, o porque su aversión era demasiado profunda. ¿Continuaría siéndolo todavía?

—Pero tú me habrás encontrado cambiado, ¿no? —preguntó.

No pude negarlo, a pesar de que en la estación, abarrotada de gente, mi mirada quedó en seguida prendida de la suya. Pero fue un presentimiento; por lo que respecta a su apariencia física, me hubiera costado encontrarlo entre la multitud. Es cierto que su cabello no había oscurecido: continuaba siendo el tipo de alemán increíblemente rubio, por lo cual en Roma le habíamos llamado bromeando «Enzio el rey». La herida de la guerra, todavía sin curar del todo, frenaba un poco su caminar, y a causa de sus esfuerzos en vencer su torpeza al andar, había adquirido un aspecto tenaz y decidido. Cualidades que antes no le había notado nunca, pero que ahora debía de poseer considerando el modo en que cogió mi voluminoso bolso de mano y mi maleta, con una firmeza y precisión militares. Por encima de todo, su rostro, más anguloso que antes, había adquirido una expresión distinta que parecía estar grabada en él, como si con algunos rasgos hubiesen formado ingeniosamente una máscara extraña a la cual no sabía todavía qué nombre dar. Cierta sólo había una cosa, y es que Enzo era completamente distinto del que creí

ver en mi mente aquella noche durante la guerra, era completamente distinto al del Coliseo.

—Sí, has cambiado mucho —le dije—. Enzoio, quisiera haber vivido la guerra en Alemania. No, no quiero decir eso. Hubiese querido estar contigo durante la guerra.

Comprendió en seguida.

—Pero, Espejito, estuviste conmigo —contestó—. ¿No lo sabías?

Yo tan sólo sabía de mis oraciones por él, que en los últimos tiempos se habían vuelto una petición para que su alma se acercara a la religión. ¿Lo había sospechado también? ¿Se daba cuenta de que, desde aquella noche durante la guerra, incluso él estaba unido en mí a un recuerdo religioso? Me miró de nuevo como si intentara escrutar en el fondo de mi alma, pero no dijo nada. Era como si en su interior apartara alguna cosa de un modo sencillo y decidido. De repente tuve la impresión de que la imagen que yo llevaba en mi alma ya no se interponía entre nosotros. Pero, con gran extrañeza, no sentí ninguna sensación de alivio; en mi interior se alzaba una pregunta angustiosa que no quería exteriorizar.

Nuestro camino proseguía ahora agradable por una carretera junto a la orilla del Neckar: por un lado bordeaba el río; por el otro, una hilera de viejas casas campesinas cuya sencilla construcción, de acuerdo con las necesidades de los primitivos dueños, parecía alejada de nosotros por mundos de distancia. Sobre los altos muros cubiertos en parte por hiedra y glicina, asomaban jardines hermosos y tranquilos. Las glicinas todavía estaban sin hojas y formaban un laberinto de oscuras ramas entrelazadas. Pero a través de la verja brillaban los tiernos colores de los capullos del almendro y resplandecían las forsitias. Olía a prímulas, a flores de marzo y a violetas. El aire era suave como en una noche de verano, dulce y fragante como al amanecer.

—Vaya —dijo Enzoio en otro tono—, ahora tendremos que ser tus anfitriones. —Era como si de nuevo

intentara apartar con firmeza una creciente amenaza—. Doña Seda te estrechará pronto entre sus brazos, quizá demasiado calurosamente. A nosotros también nos gusta hacernos los románticos de vez en cuando, igual que a estas casas. ¡Dios mío, qué retraso!

—¿Se llama Seda de verdad? —pregunté sorprendida. Hasta ahora sólo conocía a la mujer de mi tutor por el apellido de su marido. Él contestó que, naturalmente, cuando la bautizaron le pusieron otro nombre, pero que todo el mundo la llamaba Seda y que ya me enteraría del motivo. Pero allí estaba ella.

Con las últimas palabras había abierto la puerta que había en el muro de un jardín, cuyo rótulo llevaba el nombre y el título de profesor de mi tutor. Penetramos en un pequeño patio enladrillado que formaba una terraza a lo largo de la pared del jardín, limitada por un espacio lleno de árboles que formaba una segunda y una tercera terraza y se encaramaba por la montaña. En el peldaño superior de la escalera que conducía a la terraza vi a una mujer elegantemente vestida. Llevaba de la mano a dos encantadores chiquillos, cada uno de los cuales sostenía entre sus puños un gran ramillete de flores. Los niños, de idéntica estatura y muy parecidos, se asemejaban tanto a la mujer que cualquiera hubiese supuesto que eran suyos. Sin embargo, yo sabía que la mujer de mi tutor no tenía hijos. Me fijé en seguida en su cara, que era todavía joven y bonita o lo más parecido a joven y bonita. De momento no me atrevía a analizar mis impresiones. Me extrañaba ver frente a mí a la mujer de mi tutor, la misma que me había escrito tantas cartas, a mi juicio equivocadas. Bajó los peldaños de la escalera y, tal como me anunció Enzo, me apasionó entre sus brazos.

—¡Bienvenida, querida —exclamó—, sé mil veces bienvenida, te lo digo de corazón!—. Luego prosiguió, echando la cabeza un poco hacia atrás y mirándome tiernamente con sus ojos de un gris oscuro: —¡Oh, qué contenta estoy de que al fin esté usted aquí!

Estas dos observaciones me causaron grata sorpresa, porque había tenido siempre la impresión de que no sólo no anhelaba mi llegada, sino que intentaba evitarla. Tuve esta impresión de forma fugaz cuando estalló la guerra y mi tutor, que por aquel entonces había sido llamado a filas, no confió en su esposa sino en sus amigos suizos. Después de la guerra esta idea se hizo todavía más patente, porque cada vez que mi tutor en una de sus cortas y simpáticas cartas me invitaba a pasar las vacaciones en su casa —yo estaba en Suiza preparando mi carrera— llegaba invariablemente otra segunda carta en la que su mujer me anunciaba que, sintiéndolo mucho, esperaba la llegada de operarios o de cualquier huésped; en una palabra, que mi viaje era imposible. Hubiese podido tomar estas negativas como simple casualidad o como una jugada del destino. Ahora me recibía de una manera que me hacía preguntar si todo no se debió tan sólo a mis infundados recelos.

Entretanto, había indicado a los niños, a quienes había presentado como a «nuestra parejita», que me dieran las flores, lo cual no hicieron a gusto, porque, apenas acababan de decir las últimas palabras, se soltaron de su mano y corrieron hacia un hueco del seto que lindaba con el jardín vecino y desaparecieron, como si quisieran dar a entender que no querían saber nada de nosotros.

Mientras, Seda continuaba mirándome con sus ojos tiernos.

—¿Por qué me ha escrito tan poco? —me preguntó—. Me alegran tanto sus cartas—. Yo nunca me había dado cuenta de esta alegría—. A menudo estoy muy sola —prosiguió. Su hermoso vestido crujía a cada uno de sus movimientos como si hubiera venido a recibirme procedente de alguna reunión de alta sociedad. Deslizó mi brazo debajo del suyo y apretándome contra sí, dijo con zalamería:

—Verónica, quiero que entre de mi brazo en esta casa que en adelante será su hogar. Puedo llamarla por su nombre, ¿verdad?

A lo que contesté que le estaba muy reconocida por su muestra de afecto, pues empezaba a avergonzarme de mi anterior desconfianza hacia ella.

Anduvimos hacia la escalera por un pasillo largo; en su interior la casa no desechaba lo superfluo como los edificios modernos, sino que se recreaba en la abundancia. Por todas partes se adivinaban aposentos, cuartitos y grandes sótanos que no servían más que para almacenar manzanas, objetos viejos e inservibles, pero llenos de encanto que se conservaban desde la eternidad, y que sólo podían utilizar los gatos para hacer sus guaridas o un enjambre de alegres chiquillos para jugar al escondite. En el piso de arriba, al que estábamos subiendo, estaban las habitaciones para huéspedes siempre preparadas.

Mi habitación, a la que me acompañó Seda, era también muy grande, pero me pareció tan familiar como si hubiese estado ocupada por seres queridos, quizás por la gran cantidad de retratos que había colgados en las paredes. La mayoría eran grabados antiguos con marcos estrechos de color marrón. También había algunos dibujos a la pluma hechos con tinta china.

—De ahora en adelante ésta será la galería de retratos de sus antepasados —dijo Seda señalando los cuadros—. En su calidad de huésped de esta casa tendrá usted antepasados ilustres: Achim von Arnim, Clemens Brentano, Bettina la Gúnderode, Eichendorff... Todos ellos estaban antes en la vieja casa de Schlossberg, con la familia materna de mi marido. Nuestra casa está llena de cosas queridas y de recuerdos.

Los nombres que citó sonaron en mi oído como la melodía de bosques y manantiales profundos. Al contemplar estos cuadros sentía algo parecido a la emoción que había sentido antes en el puente viejo: esto volvía a ser Alemania, aquella Alemania para la que yo me había preparado tanto y tan intensamente.

Entretanto habían traído mi maleta y la habían dejado haciendo mucho ruido en el comedor. Seda salió

corriendo para pagar al mozo, mientras me empujaba cariñosamente hacia atrás al ver que quería hacerlo yo. Cuando me quedé sola eché un vistazo a la habitación. Sobre la estrecha cama de caoba había una pequeña talla que me pareció conocida. Representaba dos angelitos muy juntos que, con las alas alzadas hacia arriba como palmeras, aguantaban una corona. Estaba todavía contemplándolos y pensando de qué los recordaba, cuando volvió Seda para decirme que me esperaba dentro de media hora para cenar. Tenía tiempo suficiente para cambiarme. ¿Había traído algún vestido blanco? Cuando le dije que sí, se puso muy contenta. En nombre de Enzo pidió que me lo pusiera, ya que él hablaba siempre de mi abrigo blanco que ondeaba frente a él como una bandera mientras visitaba las ruinas del Foro Imperial romano. Además querían celebrar mi primera noche allí, debía ponerme bonita. Vendrían algunos jóvenes, amigos de la casa —de mi tutor, ni una palabra y desde mi llegada no se le había visto—. Esto último me preocupaba un poco porque al fin y al cabo era él quien me había invitado. Creía ser menos la huésped de su mujer que la suya. La idea de verle me había alegrado como si se tratase de un padre y creía tener motivos para ello.

Entre mis recuerdos estaba el del otro corto pero emocionante encuentro con él, durante los días inquietos de la declaración de la guerra, cuando de un modo completamente inesperado me vino a ver a Lugano, donde yo tenía que pasar una noche. Pensé en la conmoción que ambos sentimos, él pensando en su amigo muerto, mi padre, yo con plena conciencia de que después de este encuentro se marcharía al frente. Durante el breve espacio de unas horas —no podía disponer de más antes de reincorporarse a su guarnición—, trazó conmigo los planes para mi futuro, por si no volvía del campo de batalla. En esta visita me pareció que quería acercarse a lo que había sido mi padre, y me pregunté si no habría venido tan sólo para llevarse consigo a la

eternidad los saludos de la hija del amigo muerto. Esta idea me había alegrado y me había dado confianza. Le dije francamente que mi único plan para el futuro era el deseo, cuando alcanzara la edad propicia, de volver a Roma y hacerme monja en la Vía Luchesi. Al principio se sorprendió. Su mirada —simple pero poderosa y muy espiritual— sin quererlo casi me alcanzó por debajo de sus gafas. Pero luego acercando mi mano derecha a la suya y poniendo firmemente su mano izquierda sobre ambas, me dijo que se sentiría más unido a mi padre si no se oponía a mi vocación, que por otra parte estaba de acuerdo con mis convicciones religiosas. Pero me exigió que tan sólo diera el paso que me proponía dar después de haberlo reflexionado profundamente y después de haber tenido más contacto con el mundo. Quería, pues, que esperase incluso más allá de mi «edad canónica». Más tarde esta expresión jocosa, en una ocasión tan grave, me pareció simbolizar la superioridad e independencia de su alma. En aquel momento tuve la impresión de que quizás no hablaba con un católico, pero sí con un cristiano.

Este aplazamiento era precisamente todo lo contrario de lo que yo deseaba, a pesar de lo cual le hice la promesa que me exigía sin la más ligera vacilación, para demostrar a mi padre, al que nunca conocí, allá en el cielo, mi profundo respeto y entrega. Me dijo qué debía hacer durante esos años de espera. Primero tenía que ponerme bajo la protección de unos amigos suizos en cuya casa nos habíamos encontrado; tenía que quedarme allí hasta alcanzar la mayoría de edad. Después se había propuesto que terminase unos cursos en la universidad, con el fin que tuviese una carrera en el caso de que alguna vez vacilase mi vocación religiosa, una posibilidad en la que él confiaba tranquilamente a pesar de mi sonrisa de incredulidad. Para el tiempo que durasen mis estudios en la universidad, me ofreció de nuevo su casa, en el caso de que volviese de la guerra. Sino fuese así debería permanecer con sus amigos sui-

zos. Sin vacilar le prometí acabar mis estudios y hacer los cursos en la universidad. Ahora había venido aquí para cumplir con la última parte de la promesa. No podía comprender por qué no había venido a darme su paternal bienvenida.

Mientras estaba sumida en estos pensamientos, llegó la hora de arreglarme para la cena. Saqué mi vestido blanco de la maleta y a pesar de la prisa traté de alisar las arrugas lo mejor que pude. Era el mismo que llevé el día de mi bautizo y primera comunión en la iglesia de Santa María Luchesi. Continuaba estándome bien; siempre me había preocupado pensar que al crecer tendría que dejarlo. Con el tiempo había ido deshaciendo las pequeñas tablas que formaban el final de la falda, una tras otra, y de largo me quedaba bien. Según la moda estaba un poco anticuado, pero esto no me importaba si lo comparaba con el significado que tenía para mí, no sólo por los recuerdos, sino también por las esperanzas que tenía puestas en él. Este vestido, al que Jeanette en sus cartas llamaba bromeando «el vestido santo», es el que pensaba llevar el día feliz de mi entrada en el convento. A decir verdad, en el hecho de llevarlo en cualquier ocasión me parecía ver algo de predestinación —las muchachas gustan de los oráculos—. En las fiestas mundanas no me gustaba ponérmelo, sólo lo hacía porque no quería negarle a Enzo lo primero que me había pedido desde mi llegada. Seda me lo había pedido en su nombre, aunque él no podía comprender mi proceder con el «vestido santo». Así es que me lo puse, e iba a bajar las escaleras cuando la criada asomó su cofia almidonada por la puerta y me entregó una carta de Jeanette. Estaba segura de que recibiría esta carta, porque Jeanette continuaba teniendo el don de saber lo que yo necesitaba a pesar de la distancia. Necesitaba muchísimo las cartas de Jeanette. En los últimos tiempos habían adquirido la mayor importancia para mí. En Roma al padre Angelo, mi amigo y consejero espiritual, le habían operado de los ojos y, por eso,

no podía, de momento, leer y contestar mis cartas. Por eso, todas las preguntas y cosas que tenía que decirle se las comunicaba a la buena de Jeanette que se había impuesto el deber de irlo a visitar con frecuencia y comunicarme sus respuestas. Aquel día tampoco me decepcionó.

«Ya sabes, Espejito» —escribía— «que tanto el padre como yo te acompañaremos fielmente con nuestros pensamientos durante todo tu viaje. En cuanto a mí, me propongo ir a San Pedro a la hora de tu llegada y rezar por ti en el mismo lugar en donde se grabó en tu alma el cuadro de Cristo, para que seas en el mundo una hermanita de la gran santa que lleva tu nombre. Esto es lo que te dijo el padre Angelo para consolarte cuando te negó la entrada prematura en Santa María Luchesi, y te repitió cuando te escribió tu tutor. Tu última carta está repleta de aquellas reflexiones. Te has hecho tus propias ideas sobre ello y debo decirte que no me desagrada. Me dices que si visitaras el ‘mundo’ acallarías la última sombra de tu pesar. El ‘mundo’ no debe creer nunca que vas a él con desgana, tienes que ir contenta. Como a todo lo que es voluntad de Dios, también tienes que abrir los brazos a eso. Y no debes pasar por él corriendo, echando una fugaz ojeada, sino que tienes que detenerte a compartir sus alegrías y sus pesares, a vivir verdaderamente unida con él, para ganar su confianza. Y todo esto con una gran alegría, siguiendo aquellas palabras: ‘Enviado del Rey, cumple tu misión con ojos resplandecientes’, ya que has sido enviada a él como el ‘Enviado del Rey’».

Así me escribía. Y lo había hecho porque en mi interior me proponía comportarme con tanta amabilidad y con tanto amor hacia este «mundo» como Jeanette me aconsejaba.

«En fin» —proseguía Jeanette—, «en cada una de tus palabras vuelvo a ver la entrega de tu alma joven. ¡Dios mío, acógela bajo tu protección! Espejito, tú no puedes vivir sin esta entrega. Creo que el padre Angelo es de

la misma opinión. Al principio casi no me atrevía a leerle tus cartas, porque estos días está padeciendo mucho. Le encontrarías muy cambiado, y no sólo físicamente. Hace poco ya te conté que se toma muy en serio la situación del cristianismo en Occidente. A veces pienso que parece que para él todas las cosas están sumergidas en la misma dolorosa oscuridad de sus ojos. Creo comprender que considera tan grave la situación actual que piensa que la gente ya no puede convertirse, sólo puede salvarse por medio de un amor que supla su conversión. Tienes que entender su respuesta a tu carta desde este punto de vista. Al acabar de leérsela dijo: «Sí, tiene que cumplir su cometido con ojos resplandecientes. También las lágrimas pueden resplandecer. Escríbale esto».

Luego Jeanette añadía de su parte algunos saludos y palabras cariñosas y terminaba, tal como ya estaba acostumbrada a ver en todas sus cartas, con una broma, sin final propiamente dicho, como si no valiese la pena preocuparse por el final porque volvería a escribirme en seguida, o porque como antes, cuando estábamos juntas, había ido sólo un momento a la habitación de al lado, acudiendo a la llamada impaciente de su marido, al cual sabía todavía encadenado a su silla de ruedas.

Era ya hora de que lo dejase. Si quería llegar puntualmente a la cena no debía ahondar más en las palabras del padre Angelo. Mientras bajaba las escaleras sentí que, aunque de un modo doloroso, coincidían con mi disposición interior.

En el último peldaño me esperaba Enzo. La alfombra de la escalera había amortiguado mis pasos, y no se había dado cuenta de mi proximidad, de modo que le pude observar sin miedo. Su perfil, iluminado por la escasa luz que penetraba por una ventana, resaltaba, duro y anguloso, en la oscuridad del pasillo. Tenía una desagradable arruga entre las cejas, se le veía tan firme y seguro de sí mismo como si nadie ni nada en el mundo pudiera hacerle frente. No; al contemplarlo no

podía imaginar que le afectase la misma ráfaga de aislamiento metafísico que una vez en el Coliseo, cuando yo había creído que tenía que llevar mi alma en la mano, como si fuese una lucecita, para que iluminase la suya. Al contrario, lo que yo veía es que había superado aquel aislamiento metafísico y que precisamente de él había sacado fuerzas y seguridad para sobreponerse a sí mismo. De pronto me di cuenta de por qué antes me había parecido que la religión ya no nos separaba; para él ya no existía. La última huella, precisamente aquella huella gris de su ráfaga de aislamiento metafísico, había desaparecido. Era eso, tan sólo eso, lo que producía aquel enorme cambio que había notado desde el primer momento. Significaba el revés más completo de la esperanza que había puesto en mis oraciones. Dios no las había escuchado. A todas luces su incredulidad había sido más poderosa que ellas. Este descubrimiento me conmovió mucho, porque hasta entonces había considerado el poder de la oración como algo extraordinariamente grande. Yo misma era una cristiana fruto de las plegarias de tía Edelgart. ¿Por qué no podía Enzo ser el fruto de las mías? Permanecí en un peldaño de la escalera como paralizada. De pronto Enzo me parecía estar en un lugar tan lejano e inalcanzable como si se hubiese desprendido de otro cuerpo celeste completamente distinto en donde la oscuridad y la soledad lo invadían todo. Tenía la impresión de que para descender los pocos escalones que me separaban de él, debía pasar por encima de cientos de años y sumergirme en otra época completamente distinta en la que me encontraría tan sola como él. Toda la misión que me había prometido realizar en este mundo se hundía de repente. En este momento me di perfecta cuenta de lo íntimamente que había estado unida al amigo de la juventud. Su transformación había sido lo primero, lo mejor. No, lo único. Me había imaginado que la terrible impresión del campo de batalla habría abierto el camino, y que estaría preparado interiormente

te para superar el abismo que nos separaba. Ahora sabía que ya lo había superado, pero esta superación nos separaba todavía más, y de pronto me pareció que ya no eran años lo que nos separaba, sino la eternidad. Sentí un miedo opresor ante su incredulidad. Si creí que podría llevar mi alma en la mano como si fuera una lucecita para alumbrar la suya, ahora sentía la amarga exigencia de salvar mi alma contra la de mi amigo, como si ya no tuviese que pensar en él, sino tan sólo en mi seguridad y en mi felicidad. Me faltó poco para dar media vuelta y subir las escaleras. En aquel preciso momento advirtió mi presencia. Se replegó en sí mismo y su mirada cambió: la máscara se había desprendido y una onda oscura cubrió su rostro. Me miró sin hablar durante unos minutos. Luego, es extraordinario, pero dijo:

—Ahí arriba con ese vestido blanco pareces un cirio y aquí donde estoy yo ya ha oscurecido. ¿No quieres bajar y alumbrarme un poco?

Había dicho «alumbrarme», lo había dicho de veras.

Sentí una gran vergüenza del miedo que había sentido por mí misma. Los cientos de años desaparecieron y bajé las escaleras volando. Fue como si en verdad llevase mi alma en mis manos, porque su cara se iluminó, cada vez más, como si en su interior creciera un sentimiento de felicidad, un sentimiento que parecía proceder de un mundo completamente distinto, que no podía en ningún modo ser de este mundo, sino que tenía que pertenecer a otro mucho mejor. El lugar lejano y horrible del que me había hablado ya no me parecía tan distante y súbitamente sentí que me unía a él de un modo inconcebible, como si los dos estuviésemos juntos en el mismo plano. Mientras me colocaba a su lado respirando agitadamente nos miramos fijamente durante unos segundos como en éxtasis. Entonces dijo en voz baja:

—¿De modo, Espejito, que has venido aquí para iluminarme? —Lo extraño es que sonaba como si también a él le faltase el aliento.

Escrita como continuación de *El velo de Verónica* dieciocho años después, *La corona de los ángeles* sitúa su acción en el ambiente universitario de Heidelberg (Alemania), en el período de entreguerras. La protagonista, Verónica, vuelve a narrar en primera persona los acontecimientos que tienen lugar cuando regresa a la patria, donde volverá a encontrarse con Enzo. Su relación con éste será la estructura que sustente toda la novela, en la que, una vez más, Gertrud von Le Fort pone de manifiesto su maestría a la hora de calar el espíritu y el modo de pensar de la sociedad alemana.

ISBN 84-7490-501-X



9 788474 905014